

mania y pensara en alemán, ¿de qué modo tan enrevesado os daría formulada esta ley sociológica española.....! Todos nuestros desastres, como las lenguas habladas en el mundo, tienen escasamente un centenar de raíces. En cien líneas podríamos saber cuáles eran las causas de nuestras fatales e incesantes equivocaciones. Y esas cien líneas bien caben sintetizadas en esta idea simple y brava: en España el Genio es conservador, el instinto revolucionario. Precisamente lo contrario que ocurre a las otras razas, en las que el Genio conduce al pueblo, como Pegaso a la inspiración. Cuando entre nosotros brota un alma genial, ¿sabéis a lo que se dedica? A rebuscar en el pasado. ¿El presente y el porvenir? ¡Bah! El pueblo se preocupará de él. ¡El pueblo!..... el colosal autor de ese admirable y gigantesco pasado, el que ideó y realizó la epopeya grandiosa del **Romancero**. Sin embargo, el porvenir nuestro es muy triste. Las mentalidades se dedican a descombrar lo pasado, y vemos en la alta intelectualidad española una tendencia siniestra a la evocación de los viejos días. Las Academias lo demuestran: allí no hay promesa del mañana. Las Bibliotecas lo afirman: allí no hay redención.

El pueblo mira esa labor con indiferencia, porque los genios no le dicen lo que ha de hacer, sino lo que ha hecho, y nuestro pueblo no puede pararse a reflexionar y deducir de aquella labor la futura. ¿No pensáis así estudiando las obras de don Marcelino Menéndez Pelayo? ¡Qué falange de sabios en torno suyo! ¡Qué verdaderas autoridades del pasado! De ellos se puede decir lo que hace unos años afirmaban de don Aureliano Fernández Guéron y Orbe: que había vivido en el siglo XVI, tal era su documentación de aquel siglo..... Bonilla y San Martín, Hinojosa, Menéndez y Pidal, Rodríguez Marín..... Pueden estar orgullosos los bibliotecarios y los

archiveros de esos hombres suyos pacientes, pacientísimos, geniales, cuyo cerebro ilumina los rincones del pasado y nos describe los encantos guardados o escondidos allí. En cambio, nadie se adelanta al pueblo y prepara su mañana. Esto es más difícil, más sombrío; duele mucho el corazón en este ingrato trabajo seco, lleno de peligros, trampas y errores. Don Marcelino Menéndez Pelayo historió aquellos lejanos siglos; sistematizó los hombres, las ideas y sus libros; los encasilló; quiso hacernos ver que teníamos una ciencia española, como tenemos una pintura nuestra y una literatura; quiso también demostrarnos que, oponiéndose nuestro sombrío genio político a los heterodoxos españoles, escaparemos del mayor de los males: la Reforma. Y claro está, su obra meritisima, a la que no es posible regatear buena voluntad, trabajo y genio, no ha llegado al pueblo encarnada en actos, ni llegará jamás. Lo triste sería que llegara, que nuestro pueblo se convenciera de haber sido grande al amparo de la intransigencia.

Entonces ¿cómo decirle que el progreso moderno es un resultado de aquellos hombres de la Reforma, de aquella legión del Renacimiento, que pintara en grupo el admirable Kolbach? ¿Cómo decirle que solamente contribuimos a ese movimiento intelectual con Cervantes? Cervantes es nuestro refugio. Todavía chasquea en el aire su látigo. El nos habla con ironía sangrienta de unos días en los que nuestras heroicidades parecían cosa de titanes y nos aconseja para no renovarlos quemar aquellos libros. El pasado nos mata, nos asesina. Nuestros hombres de genio beben en esas fuentes la esterilidad para la acción. El pueblo que los necesita oye solamente que un día fue el más grande de todos, que Vives no tiene nada que envidiar a Rogerio Bacón, que la Inquisición nos hizo mucho bien, que de los monasterios salieron los gigantes capaces de oponerse a la invasión del